



NOCHES DE
TERCIOPELO

CAROL PETIT

Carol Petit

Noches de terciopelo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Boceto de p. 264
© Jorge de Soto

Una licencia de Atresmedia Corporación para Editorial Planeta

Noches de terciopelo, novela creada por Carol Petit, basada en *Velvet*, una serie de televisión creada por Ramón Campos y Gema R. Neira, producida por Bambú para Atresmedia Televisión

© Carol Petit, 2016
© Atresmedia, 2016
© Bambú Producciones, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2016
Depósito legal: B. 15.741-2016
ISBN: 978-84-08-15976-6
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

—

El 7 de noviembre de 1964 no me tocaba a mí quedarme de noche en los almacenes Bergdorf, pero Julia celebraba el cuarenta cumpleaños de su marido y quería sorprenderlo con algo especial. Siempre me hablaba de lo importante que era, después de veinte años de matrimonio, que siguiera funcionando la complicidad en la intimidad. Julia solía darme detalles de su relación, insistía en que habría sido un regalo para ella saber todo aquello a los veinte años y yo escuchaba atentamente, porque estaba segura de que algún día aquellas lecciones me podrían valer.

Aún recuerdo el frío de aquella noche. Habían anunciado tormenta, así que a pesar de ser sábado, decidí no hacer ningún plan después del trabajo. Thomas, sin embargo, al igual que muchas otras noches de guardia, apareció por sorpresa en los almacenes con la idea de que lo acompañara al emblemático autocine de Camden. Al parecer esa noche proyectarían una sesión doble de Errol Flynn que incluía *El capitán Blood*, la primera película que habíamos tenido ocasión de ver juntos.

Thomas trabajaba en la empresa de mensajería que nos servía desde hacía un par de años y se había convertido en mi mejor amigo. Era solo dos años mayor que yo y desde el primer día se hizo cargo de mi carácter introvertido; solamente con él y con Julia lograba ser yo misma. Aunque nunca se me había declarado abiertamente, le descubría una y otra vez observándome de tal modo que podía imaginarme lo que sentía por mí. Yo no le correspondía o, por lo menos, así lo sentía en aquel momento. A veces después de salir juntos alguna noche, con alguna copa de más, fantaseaba con la idea de que quizá en alguna ocasión me dejase llevar y pasase algo entre nosotros..., pero cuando la luz del día me volvía a dar la perspectiva suficiente, me resultaba imposible imaginarme a su lado compartiendo algo más que una gran amistad.

Aquella noche me costó convencerle de que se fuera sin mí. Thomas, además de muy perseverante, era un romántico empedernido y todo lo que fuera celebrar conmemoraciones de días especiales para él era sagrado. Estaba muy concentrada en el recuento de los nuevos pedidos y no quería perder el hilo, así que intentando no herir su sensibilidad, le expliqué que esa noche estaba cubriendo a Julia y que no le podía fallar. Sé que le hubiera gustado insistir una vez más antes de marcharse, pero cerré la puerta trasera a tiempo y le dediqué un «¡Disfruta por los dos!» en voz alta, de modo que no tuvo ocasión de repetir la propuesta. Me quedé con la sonrisa en la boca dibujada

un buen rato, pues estaba segura de que se había marchado frustrado por mi actitud tajante.

Retomé mis tareas y trabajé concentrada a solas cerca de dos horas. Cuando me quise dar cuenta ya eran las nueve de la noche y sentí los almacenes más solitarios que nunca. En otras ocasiones, se quedaba alguna compañera de otro departamento en alguna de las plantas superiores, pero esta vez no oía a nadie a mi alrededor.

En ese silencio sepulcral me di cuenta de que había empezado a llover de forma abundante y al ser consciente de mi soledad en aquel edificio tan grande sentí un escalofrío. Recorrí con la mirada la estancia en la que me encontraba: las sombras que generaba la tenue luz con la que trabajaba convertían la sede de Bergdorf Goodman en un lugar inquietante.

Estaba concentrada tratando de adivinar qué sería uno de los bultos oscuros que vislumbraba en la oscuridad y simulaba una especie de jorobado cuando oí unos golpes en uno de los escaparates de la tienda. Me volví de inmediato hacia el exterior. Mi corazón se disparó y un relámpago iluminó la oscura noche descubriendo la figura de un hombre en la puerta principal. Sin poder contenerme grité.

Me llevé la mano al pecho y traté de controlar mi respiración. Los golpes volvieron a sonar y, sin saber muy bien por qué, me acerqué hacia la entrada. Encendí la luz exterior para ver a ese hombre con más claridad.

Sus facciones eran angulosas. Su porte, semejante al de un actor. Su mirada oscura no dejaba de observarme desde el otro lado del cristal. No sé cuánto tiempo podía llevar ahí..., pero permanecía quieto, sereno, como si nada le apurase. No conseguí descubrir ningún detalle de su rostro, que quedaba recortado como una sombra al contraluz.

Mi respiración seguía agitada por el sobresalto. El hombre vestía un elegante traje oscuro bajo su abrigo. Se había levantado las solapas, posiblemente para abrigarse de la incesante tormenta. Llevaba un sombrero que le otorgaba carácter al tiempo que le daba un aire de *gentleman* clásico.

Por un momento me pareció que sonreía, pero ya a la luz, confirmé que la expresión de su rostro era seria. No le había visto jamás en los almacenes, pero enseguida me sentí atraída por él.

Sabía que estaría cometiendo una grave imprudencia si le abría la puerta a aquel hombre que tenía una clara intención de entrar en los almacenes. En los últimos tiempos la zona había registrado numerosos robos y yo me encontraba sola en el local. El hombre hizo un gesto con las manos, indicándome que por favor le dejara pasar. La situación resultaba tan extraña que llegué a dudar de que fuera real, pero un nuevo trueno retumbó en todo el edificio y me hizo reaccionar.

Di un paso adelante sin pensarlo y cuando volví a detenerme ya estaba justo frente a él. La atracción y el misterio estaban resultando mucho más fuertes que el

sentido común. Algo me empujaba hacia ese desconocido. Quería descubrir su rostro, pero, sobre todo, saber qué buscaba alguien como él a esas horas de la noche en los almacenes Goodman.

Sin tomar conciencia de los peligros que entrañaba abrir esa puerta, giré dos veces la llave y me asomé. En la calle estaba diluviando y el cielo volvía a iluminarse, una y otra vez, apoderándose de la oscuridad de la noche. Al abrir la puerta, él intentó resguardarse y se acercó aún más a mí. No me dirigió la palabra, pero tampoco dejó de mirarme. Tanto que llegué a sentirme violenta.

Tendría unos treinta y cinco años. Su pelo era negro, al igual que sus ojos, y el calor de su aliento en el frío de la noche me resultó excitante. Yo misma me asusté al descubrirme mirándole la boca, así que traté de disimular en cuanto fui consciente de ello y retiré mi mirada para dirigirme a él:

—¿Le puedo ayudar en algo? —le pregunté sin poder evitar otra mirada fugaz.

En vez de contestarme, él miró al cielo como para constatar que seguía lloviendo y volvió a clavar sus ojos en mí. Yo seguía hipnotizada, era tan sumamente masculino que parecía que el agua no le calase... De forma instintiva di un paso atrás y lo invité a entrar.

Al hacerlo, pasó tan cerca de mí que con su brazo izquierdo rozó uno de mis pechos y me provocó una reacción tan íntima que me sonrojé. Por aquel entonces era absolutamente inexperta en el terreno sexual

y sentir que mi cuerpo reaccionaba de un modo tan instintivo al roce de un extraño me turbó, así que traté de mantener una cierta distancia y esperé en la puerta a qué él mismo eligiera adónde encaminarse dentro de los almacenes.

Se dirigió al interior con seguridad, parecía que esa no fuera su primera vez allí, y cuando se encontró frente a los tejidos de importación se detuvo y me miró. Yo seguía cerca de la puerta mirándolo sobrecogida, desconcertada.... Debió darse cuenta de cómo me sentía, porque enseguida reaccionó dando unos pasos hacia mí, se quitó el sombrero y me tendió su mano con el ánimo de relajar el ambiente.

—Disculpe, no me he presentado. Soy Alberto Márquez y tengo un atelier en la ciudad. Habitualmente trabajo con mi propia mercancía, pero hoy he tenido un problema en la aduana y necesito su ayuda.

Su voz sonó como un ruego profundo. Como si aquello que buscaba fuera algo realmente importante para él. Iba a acceder a ayudarlo, pero el sentido de la responsabilidad frente a Bergdorf Goodman pudo más que la fascinación que ese hombre estaba provocando en mí.

—Me tiene que disculpar, señor Márquez, pero no puedo ayudarle. El establecimiento se encuentra cerrado y yo soy una simple empleada —comenté.

Mientras acababa la frase, don Alberto se acercó a mí, miró a un lado y a otro para comprobar que estábamos solos y después me susurró al oído:

—Una simple empleada no trabaja hasta estas horas. Usted está tan comprometida con sus deberes como lo estoy yo con los míos.

Su cálido aliento en mi cuello me sedujo aún más y aunque traté de mantener el control de la situación, debió sentir la debilidad de mi voluntad porque no se dio por vencido. Me cogió la mano con delicadeza e insistió:

—Ayúdeme esta noche, señorita Lavigne, y sabré recompensarla.

Me quedé paralizada. Oír mi nombre con la musicalidad de ese acento tan particular, que a esas alturas era incapaz de identificar, y el hecho de que se hubiera detenido en mi placa identificativa para tratar de generar algo más de intimidad contribuyeron a que me ganase por momentos.

Aparté bruscamente mi mano de la suya, tratando de romper el embrujo al que me estaba sometiendo, y me dirigí con paso firme al mostrador, en el que él mismo se había detenido antes.

Quise protegerme y, a partir de ese momento, evité mirarlo nuevamente. Me centré en el género que tenía ante mí y elegí las mejores piezas de seda oriental para mostrárselas. Según me indicó, era lo que venía buscando. Quería que fuera suave al tacto, pero firme en su comportamiento, y para comprobarlo acarició el tejido con una de sus manos. Lo hizo con la misma delicadeza que dedicaría a la piel de una mujer. Su mano era tan vigorosa que convertía la seda en un te-

jido aún más delicado de lo que ya era. Cuando encontró lo que buscaba, extrajo de uno de los rollos la escasa tira de seda que quedaba y la arrancó enérgicamente del tubo, la lanzó al aire y mientras caía, la cogió con una mano por cada extremo y la anudó. Luego relajó la tensión hasta dejar la pieza libre y el nudo se deshizo. Cayó tan suavemente en el mostrador que me quedé hipnotizada. Parecía que la seda se hubiera rendido a su tacto.

—Esto es lo que estaba buscando —dijo en tono firme.

Desperté de mi abstracción y le serví con rapidez el género, con el ánimo de que pudiera marcharse cuanto antes y así acabar con esa arriesgada venta a puertas cerradas, que había consentido sin saber por qué. Cuando ya me había pagado, levantó mi rostro poniendo su dedo índice en mi mentón y me obligó a mirarle de nuevo.

—Gracias, señorita Lavigne.

No fui capaz de articular palabra. Él tampoco esperaba que le respondiera, porque cogió su pedido con delicadeza y se marchó. Tardé en reaccionar unos segundos, pero en cuanto fui consciente de que ya no estaba, me acerqué corriendo a la puerta y la cerré con fuerza, tratando de asegurarme de que la nueva experiencia vivida acababa allí mismo.

Después fui incapaz de retomar mis tareas. Casi había organizado ya todos los tejidos antes de la visita inesperada, pero ante la posibilidad de que el señor Már-

que pudiera volver, recogí mis cosas apurada, apagué todas las luces y me marché.

Abandoné el edificio por la parte trasera, reservada a los empleados, la misma por la que había salido Thomas hacía unas horas. Ya en la calle comprobé que seguía lloviendo a cántaros, pero no me importó mojarme. Comencé a caminar bajo la lluvia y cuando vi a lo lejos el autobús que debía tomar para ir a casa, no hice ningún esfuerzo por llegar a tiempo a la parada. Continué caminando, mojándome, tratando de borrar con esa agua cualquier resto del recuerdo de aquel hombre que me había hecho estremecer, cualquier rastro del deseo irrefrenable que había sentido por primera vez.